

LA SEMILLA

Su estado de latencia le permitía viajar tranquilamente en los brazos de la sutil brisa otoñal.

En su memoria estaban grabados vagos recuerdos, difusas figuras y..., tristes experiencias de soledad y grandes necesidades. Era una sobreviviente.

Lo que no sabía esta pequeña semilla, es que el Creador de Todo, el Dios de todo ser viviente existente en la tierra, le tenía preparada una vida plena, colmada de alegrías y con múltiples experiencias de felicidad... todo ello, como compensación por las difíciles existencias padecidas germinación tras germinación.

Es de esta forma que su vuelo termina en un tranquilo y ordenado jardín. Se sentía incómoda ante altas matas de rosas, las que con sus filosas espinas, permanecían frías y sin hojas en preparación para el crudo invierno. Eran acompañadas de suaves camelias, cuyos capullos ya se desarrollaban lentamente; las achiras, amariles, gardenias y muchas otras plantas... Todas elegantes y de muy buenos modales, iniciando su período de letargo invernal.

Al parecer vivían en permanente armonía e íntima relación con su mentora y dueña, una simpática señora ya entrada en la adultez y que dedicaba gran parte del tiempo de su vida, al cuidado de su jardín. Para decir algo más de ella, podríamos decir que consideraba a las plantas como a sus hijos, hablándoles, regándolas diariamente y alimentándolas con abonos periódicamente.

Y fue en ese ambiente de paz y tranquilidad, en que la semilla se adormeció en la segura tierra del jardín.

Las lluvias invernales la acunaron para finalmente acomodarla en el fértil suelo... De esta forma, pasaron los días, semanas y meses... cuando éstos cesaron, y el sol se hizo más cariñoso con la tierra, así llegó la esperada primavera.

Una extraña sensación despertó a la semillita... Al principio no lograba definir la turbación que la embargaba... Sentía todo su cuerpo vibrar ... Sentía el llamado de la vida... Sentía cómo cada célula de su cuerpo despertaba... ¡Estaba lista para germinar!

Así en una luminosa y cálida mañana del mes de septiembre, con el ímpetu de su historial genético y el milagro de la naturaleza, asomó convertida en una débil ramita por sobre el mullido prado, recibiendo por primera vez en esta germinación, los dulces rayos del sol... ¡Había nacido!

Con el transcurso de los días, la ramita se desarrolló y se cubrió con aterciopeladas hojitas verdes, las que también crecieron haciéndose cada vez más fuertes...

Pero, ¿Dónde estaba?... ¿Dónde había nacido?

Tenía nociones de su llegada como semilla, pero hacía tanto tiempo... Ahora era una planta más en él.

Los altos y elegantes crisantemos fueron los primeros en percatarse de su presencia... Se inclinaban ante ella y se consultaban ceremoniosamente:

- ¿Quién será esta bella plantita?

Iguales dudas presentaron las rosas que, a estas alturas del año, se habían vuelto a cubrir de lustrosas hojas y lucían orgullosas grandes botones en flor... Para que decir de los recatados magnolios, los que, por sus leñosos cuerpos, debían mantener su compostura y tragarse elegantemente su curiosidad... El señorial diamelo, la observaba desde la altura, pues con ella dominaba a todo el jardín con su frondosidad; en fin, era todo el mundo vegetal del ordenado jardín el que mostraba una sana curiosidad por saber quién era esa nueva y bella planta.

Una tarde, después de regadas y gozando de un plácido atardecer, la pequeña planta se armó de valor y con grácil voz se dirigió a los presentes... Escogió con esmero sus palabras... Mejor dicho, no fue fingida, pues dejó que su corazón hablara por ella...Y dijo:

- “Señores arbolitos, señoras plantas y plantitas, pastito..., Querida tierra que me viste nacer... ¡No sé quién soy...! ¡No sé cómo me llaman...! He nacido junto a ustedes porque... ¡No sé!... Algo muy fuerte que no puedo definir me impulsó y orientó al viento que me trajo hasta aquí... Les pido que me acojan y quiero ser vuestra amiga, pues no tengo familia... Dispongan de mi sombra y abrigo si es que de algo les sirve... Y con toda mi alma de planta espero que mi nacimiento no signifique dejar a alguna de ustedes con hambre el día de mañana” ...

Se hizo un respetuoso silencio en el jardín. Silencio acompañado de fuerte vibraciones

de paz... en ese momento, todos eran hermanos y hermanas de la especie vegetal...

Transcurridos unos instantes, un profundo pero agradable carraspeo rompió el etéreo ambiente... Era el diamele que con grave y dulce voz le expresó:

- “Pequeña hermana, si bien no te conocemos ni sabemos quién eres, estás en tu casa... Este, desde que germinaste es tu jardín... por tanto; todos en él, te amamos y respetamos”.

Desde ese día la pequeña plantita sintió el apoyo de todas las plantas, las que se esmeraban para que no sintiera la soledad de su orfandad...

Una mañana aprovechando la brisa matinal, la dulce señora dueña del jardín, revisándolo y retirando las malezas que lo afeaban... De pronto. ¡La vio!

- Oh, ¡Qué hermosa plantita! ¿Qué será?

Expresó con gratitud en su corazón al percatarse del valioso hallazgo... Era muy oportuna su aparición, pues recientemente había perdido a un integrante de la familia... una amiga para ella...: Su perrita Kitty

La plantita sintió el afecto que todos le brindaban y creció feliz... Muy feliz.

Su dicha, la retribuyó con las más finas, aterciopeladas y delicadas flores... Eran una maravilla de la naturaleza... El perfume que expedían al atardecer, era como un sutil bálsamo para el alma y todos la admiraban y se sentían orgullosos de tenerla en el jardín.

Un día al observarla, la dulce anciana se dijo a sí misma:

- "... No se tu nombre ni de donde viniste...; pero desde hoy, te llamare:
Esperanza, pues eso es lo que siento cuando me acaricias con tu aroma y estoy
frente a ti" ...